

Salguero, Carlos Alberto

Sobre la libertad y las diversas expresiones de la cultura que, acrecentadas por la mirada profunda de la fe, iluminan los interrogantes de nuestro tiempo

Anuario de la Facultad de Ciencias Económicas del Rosario Vol. IX, 2013

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Salguero, C. A. (2013). Sobre la libertad y las diversas expresiones de la cultura que, acrecentadas por la mirada profunda de la fe, iluminan los interrogantes de nuestro tiempo [en línea], *Anuario de la Facultad de Ciencias Económicas del Rosario*, 9. Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/sobre-libertad-diversas-expresiones.pdf> [Fecha de consulta:.....]

SOBRE LA LIBERTAD Y LAS DIVERSAS EXPRESIONES DE LA CULTURA QUE, ACRECENTADAS POR LA MIRADA PROFUNDA DE LA FE, ILUMINAN LOS INTERROGANTES DE NUESTRO TIEMPO

Dr. Carlos Alberto Salguero²²

Resumen. Promover el diálogo de la Iglesia con las culturas de nuestro tiempo resulta inobjetable. El Concilio Ecuménico Vaticano II se pronunció en este sentido, en comunión histórica con distintas civilizaciones, hace ya medio siglo; asimismo, destacó la necesidad para los creyentes de comprender a fondo la manera de pensar y de sentir de los demás hombres de la propia época, y dedicó a esta temática toda una sección de la Constitución Pastoral *Gaudium et spes*. El campo de la economía, bajo esta idea, hubo de subsumirse con carácter sistemático a un estrecho criterio de racionalidad, según el cual tanto la acción humana individual como la política a nivel general se consideraron determinadas por cálculos y valoraciones de costos y beneficios a través de un juicio de optimización.

Palabras clave: Diálogo- *Gaudium et spes*- Libertad

Promover el diálogo de la Iglesia con las culturas de nuestro tiempo resulta inobjetable. El Concilio Ecuménico Vaticano II se pronunció en este sentido, en comunión histórica con distintas civilizaciones, hace ya medio siglo; asimismo, destacó la necesidad para los creyentes de comprender a fondo la manera de pensar y de sentir de los demás hombres de la propia época, y dedicó a esta temática toda una sección de la Constitución Pastoral *Gaudium et spes*. El modo en que se establecen vínculos recíprocos —entre el mensaje de salvación y las diferentes expresiones de la cultura— constituye un campo fundamental de enriquecimiento mutuo y evidencia el escenario donde se dilucidan los destinos del mundo.

²² carlossalguero@gmail.com

El amor es la gran fuerza escondida en el corazón de las culturas, que debe ser estimulado, para superar la irremediable finitud humana mediante la gracia de Dios: su Fuente y Término.

Existe efectivamente una dimensión fundamental, capaz de consolidar o de remover desde sus cimientos los sistemas que estructuran el conjunto de la humanidad, y de liberar la existencia humana, individual y colectiva, de las amenazas que gravitan sobre ella. Esta dimensión fundamental es el hombre, en su integridad. Ahora bien, el hombre vive una vida plenamente humana gracias a la cultura. "Si, el futuro del hombre depende de la cultura" [...] "Por ello mismo nos encontramos en torno al hombre, y en cierto sentido, en él, en el hombre".

La cultura, por su parte, ocupa un espacio preponderante en el desarrollo de los habitantes de cada pueblo. Las múltiples relaciones que se establecen en los grupos sociales permiten alcanzar el desarrollo de su vida cultural de acuerdo con sus propias cualidades y tradiciones.

La cultura o civilización, en sentido etnográfico amplio, es aquel todo complejo que incluye el conocimiento, las creencias, el arte, la moral, el derecho, las costumbres, y cualesquiera otros hábitos y capacidades adquiridos por el hombre.

Con la palabra cultura se indica, en sentido general, todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter el mismo orbe terrestre con su conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, a través del tiempo expresa, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones para que sirvan de provecho a muchos, e incluso a todo el género humano.

Desde las razones enunciadas surge la esencial necesidad de facilitar el diálogo Iglesia-cultura a nivel de universidades y de centros de investigación (diversas organizaciones y especialistas), promover encuentros significativos con estos mundos culturales y propiciar el diálogo con las religiones no cristianas y con individuos o grupos que no se inspiran en ninguna religión, para la búsqueda conjunta de una comunicación cultural con todos los hombres de buena voluntad.

La unión del Evangelio con el hombre es, efectivamente, creadora de cultura en su mismo fundamento. De allí, la importancia que tiene una acción pastoral respecto a la cultura viva. Es decir, el conjunto de principios y valores que constituyen la síntesis entre cultura y fe: como exigencia de la cultura y, de la fe.

El Evangelio, y por consiguiente la evangelización, no se identifican ciertamente con la cultura y son independientes con respecto a todas las culturas. Sin embargo, el reino que anuncia el Evangelio es vivido por hombres profundamente vinculados a una cultura, y la construcción del reino no puede por menos de tomar los elementos de la cultura y de las culturas humanas. Independientes con respecto a las culturas, Evangelio y evangelización no son necesariamente incompatibles con ellas, sino capaces de impregnarlas a todas, sin someterse a ninguna.

Los hombres contemporáneos, y en particular los católicos, cuentan con el deber de interrogarse seriamente acerca de las condiciones que sustentan la base para el desarrollo de los pueblos. Pues, la construcción de una humanidad más justa constituye un imperativo moral.

En la época actual, no obstante, suele pensarse que la luz de la fe, que podía bastar para las sociedades antiguas, ya no sirve para el hombre adulto presuntuoso de su razón. La fe, en esta mirada, se ve como una luz ilusoria que impide al hombre seguir la audacia del saber y avanzar hacia el futuro, un salto al vacío. Nociones de esta índole evidencian tensiones. Así, se critica al cristianismo por haber rebajado la existencia del hombre quitando la novedad y la aventura de la vida.

La intolerancia del mundo pagano hacia el Evangelio da cuenta del drama de nuestro tiempo, como lo fue también en otras épocas. Su enfoque arrogante de la cultura no puede iluminar el recorrido. Al final, éste queda en la oscuridad y deja al hombre con miedo a lo desconocido. Contrario a la fe no conoce de respeto, sino de intransigencia. Como dice el premio Nobel de Literatura, Mario Vargas Llosa: «La erudición no es siempre garantía de cultura; a veces es una máscara del vacío o de la mera vanidad.»

Allí donde ideologías agnósticas, hostiles a la tradición cristiana, o incluso declaradamente ateas, inspiran a ciertos maestros del pensamiento, es aún mucho mayor la urgencia que apremia a la Iglesia de entablar un diálogo con

las culturas, a fin de que el hombre de hoy pueda descubrir que Dios, muy lejos de ser rival del hombre, le concede realizarse plenamente, a su imagen y semejanza.

La luz de la razón autónoma propuesta por quienes abogan en pos de limitar la investigación, a conformar fórmulas y a restringir el camino de la ciencia a la autenticidad de cada individuo, sentencia el destino del hombre. Éste se ve obligado a renunciar a la búsqueda de una luz grande, de una verdad grande, y a conformarse con pequeñas luces que alumbran el instante fugaz, pero no muestran el camino.

Con frecuencia, el ateísmo moderno reviste también la forma sistemática, la cual, dejando ahora otras causas, lleva el afán de autonomía humana hasta negar toda dependencia del hombre respecto de Dios.

Quizá nada haya hecho mayor daño a los comportamientos éticos que la egolatría de la razón.

El triunfo de una concepción científicista que, de modo obtuso y mecánico, pretendió aplicar al campo de la economía y de las interacciones sociales una metodología formada para las ciencias naturales y la física, está llegando a su fin.

La crisis que viene sintiéndose en el mal llamado Estado del Bienestar ha supuesto un duro golpe en contra del programa de investigación que sustenta la ingeniería social. Esta concepción, implícitamente, supone un conocimiento dado de fines y medios, tal que el problema económico fundamental queda reducido a un dilema técnico de mera asignación, maximización o minimización, sometido a restricciones que se suponen también dadas. Así, el hombre robbinsiano, que se ilustra en el presente párrafo, queda reducido a un autómata o caricatura de ser humano que se limita a reaccionar de forma pasiva ante los acontecimientos sociales.

El campo de la economía, bajo esta idea, hubo de subsumirse con carácter sistemático a un estrecho criterio de racionalidad, según el cual tanto la acción humana individual como la política a nivel general se consideraron determinadas por cálculos y valoraciones de costos y beneficios a través de un juicio de optimización.

Según este enfoque, pareció evidente que las consideraciones relativas a los principios éticos como guías del comportamiento humano carecieron de

relevancia y protagonismo. La ciencia había logrado, entonces, abandonar y hacer obsoletas las consideraciones relacionadas con los principios éticos y el derecho natural.

Sin embargo, este ideal “consecuencialista” que se hizo popular en los ámbitos académicos en los tiempos modernos y consiste en creer que es posible actuar tomando decisiones maximizadoras de las consecuencias positivas previstas, a partir de los medios dados y de costos también conocidos, ha fracasado de modo evidente. Las raíces históricas de consecuencialismo se hallan en el utilitarismo (aunque teorías anteriores consideraban, a menudo, las consecuencias de las acciones relevantes para la deliberación ética). Debido a este lazo histórico estos dos términos se superponen, lo cual es comprensible si se tiene en cuenta que el utilitarismo presenta la importante característica formal que asumen las teorías consecuencialistas: la importancia de las consecuencias de las acciones. La propia evolución de la ciencia social, basada en la capacidad creativa del ser humano, ha demostrado que es teóricamente imposible obtener la información necesaria con respecto a los beneficios y los costos derivados de cada acción humana.

[...] cada uno conoce las dificultades o, mejor dicho, la imposibilidad de valorar todas las consecuencias y todos los efectos buenos o malos de los propios actos: un cálculo racional exhaustivo no es posible. Entonces, ¿qué hay que hacer para establecer unas proporciones que dependen de una valoración cuyos criterios parecen oscuros? ¿Cómo podría justificarse una obligación absoluta sobre cálculos tan discutibles?

Eventualmente, una de las aportaciones más importantes de la teoría social haya sido el poner de manifiesto que el análisis consecuencialista de costos y beneficios no es suficiente para justificar la economía de mercado. Por consiguiente, es necesaria una fundamentación ética de la teoría de la libertad de mercado basada en las siguientes razones: el fracaso sin atenuantes de la ingeniería social, en concreto el consecuencialismo que se deriva del paradigma neoclásico-walrasiano y ha dominado la ciencia económica; el análisis teórico de los procesos de mercado, basados en la capacidad empresarial dada la irreductible situación de ignorancia en la que se encuentran los seres humanos; y la capacidad constante para crear nueva información en un marco de principios de conducta de tipo moral que les permita determinar, a la luz del Evangelio, qué comportamientos deben llevar a cabo y cuáles no.

Aunque aún no se advierta de modo plenamente consciente, por falta de la necesaria perspectiva histórica, el fracaso teórico e histórico del consecuencialismo cientificista ha vuelto a dar un papel protagónico a las normas de comportamiento basadas en principios dogmáticos.

Cuando falta luz todo se vuelve confuso y no es posible distinguir el bien del mal. Frente al desconcierto, que la mirada cientificista provoca, se torna imprescindible recuperar el carácter luminoso de la fe. El cual, como es sabido, no puede provenir del propio hombre, sino de una fuente más primordial. Nace del encuentro con el Dios vivo, que lo transforma y abre la mirada al futuro. Abre un camino de armonía y de comprensión cada vez más amplio.

Las ciencias, en general, y la economía, en particular, acrecentadas por la mirada profunda de la fe iluminan los interrogantes de nuestro tiempo.

[...] ésta invita al científico a estar abierto a la realidad, en toda su riqueza inagotable. La fe despierta el sentido crítico, en cuanto que no permite que la investigación se conforme con sus fórmulas y la ayuda a darse cuenta de que la naturaleza no se reduce a ellas. Invitando a maravillarse ante el misterio de la creación, la fe ensancha los horizontes de la razón para iluminar mejor el mundo que se presenta a los estudios de la ciencia.

El concepto de acción, opuesto a la mera reacción de las relaciones mecanicistas que han sido aludidas, no implica que aquella se base en una teoría correcta ni tampoco que pueda alcanzar el fin propuesto. Lo único que importa es que quien actúe crea que los medios van a provocar el efecto deseado.

En la economía nunca hay igualdad de condiciones, puesto que las valoraciones subjetivas implican, precisamente, modificación en las condiciones imperantes. De hecho, la acción de un individuo en ciertas circunstancias no sólo no puede generalizarse a la acción de otros individuos, sino que, además, ni siquiera es aplicable al mismo individuo en otra ocasión aun dadas las mismas circunstancias.

El razonamiento apriorístico es estrictamente conceptual y deductivo. Todas sus conclusiones se derivan lógicamente de las premisas en las que están contenidas. La trascendente misión del razonamiento deductivo estiba en hacer claro y evidente lo que antes resultaba oscuro y arcano.

Que la ciencia apriorística no proporcione un conocimiento pleno de la realidad no supone su deficiencia. No hay oposición entre la teoría y la comprensión de la evidente y cambiante realidad. Su teoría económica comienza por distinguir claramente entre los paradigmas clásicos de equilibrio y competencia perfecta y el modelo austríaco de proceso de mercado.

La ciencia jamás brinda certeza absoluta y definitiva. Da, meramente, ciertas seguridades dentro de los límites que nuestra capacidad mental y los descubrimientos de la época le marcan. Cada sistema científico no representa más que un cierto estadio en el camino de la investigación. Refleja, por fuerza, la inherente insuficiencia del intelectual esfuerzo humano. El reconocer tal realidad, sin embargo, en modo alguno significa que la economía actual hállese atrasada. Simplemente atestigua que nuestra ciencia es algo vivo; presuponiendo la vida la imperfección y el cambio.

En ciencias sociales, cuando se trata de dar algún tipo de definición sobre un objeto de estudio, se da una definición que tiene en cuenta la intención del objeto en cuestión, sujeta al juicio de valor personal del sujeto actuante. Lo relevante es el fin con que los seres humanos utilizan determinados objetos y no las presunciones sobre su constitución física o intrínseca.

Esta característica se señala como individualismo metodológico, según el cual todos los fenómenos sociales son reducibles, en su origen, a la acción de determinados individuos. Para el individualismo metodológico, por lo tanto, no hay tal cosa como agregados o macroconjuntos sociales y, en efecto, se opone al "colectivismo metodológico". O sea que de la naturaleza de los hechos de las ciencias sociales no sólo se desprende que éstos no estudian objetos físicos, con propiedades analizables según la experimentación inductiva, sino que además, y por esa razón, el método que aplicarán no podrá ser el mismo que el de las ciencias naturales.

El presente ensayo se origina en dos premisas fundamentales: por un lado, la fe en la Iglesia como Cuerpo Místico en Cristo y, por el otro, la educación formal, del autor, en el campo profesional de la Economía Política.

En principio, se erige una obvia aclaración sobre la no contradicción entre ambas perspectivas. La no contradicción parece ser simple, pues una de ellas –la Iglesia– se refiere a la redención Sobrenatural, en tanto la otra –la economía–, al bien común temporal.

En primer término, sobre la causa inmanente, San Agustín muestra cómo la verdad fidedigna de Dios es la capacidad de mantener unidos los tiempos:

[...] el hombre tiene necesidad de conocimiento, tiene necesidad de verdad, porque sin ella no puede subsistir, no va adelante. La fe, sin verdad, no salva, no da seguridad a nuestros pasos.

Recuperar la conexión de la fe con la verdad es urgente y necesario, precisamente, por la crisis de relativismo que afecta a la verdad.

En la cultura contemporánea se tiende a menudo a aceptar como verdad sólo la verdad tecnológica: es verdad aquello que el hombre consigue construir y medir con su ciencia; es verdad porque funciona y así hace más cómoda y fácil la vida. [...] La verdad grande, la verdad que explica la vida personal y social en su conjunto, es vista con sospecha.

Bajo esta perspectiva, es razonable que se intente deshacer la conexión de la religión con la verdad, porque esta unión estaría en la base del fanatismo, que pretende anular a quien no concuerde con sus propios pensamientos. A este respecto, se puede hablar de un gran olvido del mundo contemporáneo.

Luego, por su parte y desde sus orígenes, el liberalismo o bien común temporal hizo de la libertad religiosa uno de los grandes temas de su doctrina. Lord Acton señalaba que "la idea de que la libertad religiosa es el principio generador de la libertad civil y que ésta es la condición necesaria de la religiosa" fue ya explicitada durante el siglo XVIII. Precisamente, por ser una de las dimensiones más importantes de la vida cotidiana, era uno de los ámbitos donde menos se permitía, y donde era más peligrosa la intervención de los reyes.

La contrapartida al principio de no intervención era por demás clara: las autoridades debían proteger con firmeza a los individuos de toda interferencia al libre ejercicio de sus creencias religiosas.

Se ha dicho, con razón, que muchos ámbitos de la vida de relación funcionan adecuadamente sin que sea necesario introducir reglas compulsivas de convivencia.

La libertad no es, como podría inferirlo el origen del nombre, la libertad de toda restricción, sino la aplicación efectiva de restricciones justas a todos los miembros de un estado libre, sean éstos magistrados o subditos. [...]; cada persona es libre en la proporción en que el gobierno de su país es lo suficientemente fuerte para protegerla y lo suficientemente limitado y prudente para no abusar de su poder.

La enunciación de estos principios no debería dejar mayores márgenes para la duda. Para un liberal clásico es bueno todo lo que posibilita una mayor extensión del ámbito de la interacción espontánea de los individuos. Es malo, todo lo que interfiere con su libre desarrollo. Respetar el orden espontáneo requiere de la existencia de reglas mínimas de respeto recíproco, de ahí la presencia de un aparato de coerción limitado exclusivamente a hacerlas cumplir.

Para esta concepción, por lo tanto, las funciones indelegables del gobierno son la justicia y la seguridad. Robert Nozick interpreta correctamente, dentro de la tradición liberal clásica, la noción de gobierno limitado, cuando afirma que:

El estado mínimo nos trata como individuos inviolables que no pueden ser usados como medios [...], instrumentos o recursos de otros; nos trata como personas con derechos individuales con la dignidad que resulta de esa condición. Tratándonos con respeto al respetar nuestros derechos, nos permite, individualmente o con la compañía que seleccionamos, elegir nuestra vida, realizar nuestros fines [...]. Todo esto será posible en la medida que procuremos la cooperación voluntaria de otros individuos que poseen una dignidad similar a la nuestra. ¿Cómo podría cualquier estado o grupo de individuos osar realizar más que esto?... ¿O menos?

De aquí se deriva también la actitud de los liberales clásicos frente a la religión y a la economía. La primera fue siempre considerada como una de las dimensiones más importantes de ese ámbito privado que se quiere proteger.

Es errónea, en consecuencia, la idea liberal de la primacía a los aspectos materiales de la vida humana. Alchian, por ejemplo, señaló que, para ser realistas, los economistas deberían incluir en sus análisis bienes como "prestigio, poder, amistad, amor, talento, libertad, sabiduría, consideraciones estéticas, ocio ... y preocupaciones por el bienestar de otros" y, asimismo, el mencionado autor, agregó: "Gobierno es socialismo, por definición".

Bibliografía

ACTON, Lord. *Essays in the Liberal Interpretation of History* (edición a cargo de William H. McNeill, Chicago, 1976.

ALCHIAN, A. y ALIEN W. R. *University Economics: elements of inquiry*. 3.a ed., Belmont, California: Wadsworth, 1972.

FRANCISCO. Carta encíclica *Lumen Fidei*, del Sumo Pontífice Francisco a los obispos, los presbíteros y a los diáconos, a las personas consagradas y a todos los fieles laicos, sobre la fe. [en línea]. Dado en Roma, junto a San Pedro, el 29 de junio, solemnidad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, del año 2013, primero de mi Pontificado. [Citado el 28 de diciembre de 2013]. Disponible en:

<http://www.vatican.va/holy_father/francesco/encyclicals/documents/papa-francesco_20130629_enciclica-lumen-fidei_sp.html >

JUAN PABLO II. Carta autógrafa de fundación Consejo Pontificio para la Cultura. [en línea]. Dado en Roma, en la Basílica de San Pedro, en la fiesta de la Ascensión de Nuestro Señor, el 20 de mayo de 1982, año IV de mi Pontificado. [Citado el 14 de diciembre de 2013]. Disponible en: <http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/letters/documents/hf_jp-ii LET_20051982_foundation-letter_sp.html>

JUAN PABLO II. Carta encíclica *Veritatis splendor*. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid. 1993.

MISES, Ludwig von. *La Acción Humana: Tratado de Economía*. 5º Ed. Unión Editorial S.A. Madrid. [1949] (1995) ISBN: 84-7209-292-7. 1068 p.

NOVAK, Michael. *El espíritu del Capitalismo Democrático*. Ediciones Tres Tiempos. Buenos Aires. 1986. 197 p.

NOZICK, Robert. *Anarchy, State and Utopia*. Basic Book, 1974.

PABLO VI. Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual: *Gaudium et spes*. [en línea]. Roma, en San Pedro, 7 de diciembre de 1965. [Citado el 10 de diciembre de 2013]. Disponible en: <http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat_ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html>

PABLO VI. Exhortación apostólica de Su Santidad Pablo VI: Evangelii nuntiandi, al episcopado, al clero y los fieles de toda la Iglesia acerca de la evangelización del mundo contemporáneo. [en línea]. Dado en Roma, junto a San Pedro, en la solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María, el día 8 de diciembre del año 1975, XIII de nuestro pontificado. [Citado el 10 de diciembre de 2013]. Disponible en:

<<http://archimadrid.es/aseglar/documentos/SANTA%20SEDE/EVANGELII NUNTIANDI.pdf>>

ROBBINS, Lionel. The Great Depression. Londres. Macmillan and Co., Limited. 1934. 235 p.

ROBBINS, Lionel. Ensayos sobre la naturaleza y significado de la ciencia económica. [en línea]. Fondo de Cultura Económica. México. 1944. Disponible en: <<http://www.eumed.net/cursecon/textos/robbins/index.htm>>

ROBBINS, Lionel. Autobiography of an economist. Lord Robbins. Macmillan. 1971. 301 p.

TYLOR, Edward B. (1995) [1871]: "La ciencia de la cultura". En: KAHN, J. S. (comp.): El concepto de cultura: Textos fundamentales. Anagrama. Barcelona.

VARGAS LLOSA, Mario. Entre caballeros andantes y juglares. La muerte de Martín de Riquer. [en línea]. La Nación en Internet. 7 de octubre, 2013 [Citado el 17 de diciembre de 2013]. Disponible en: <http://www.lanacion.com.ar/1626579-entre-caballeros-andantes-y-juglares?utm_source=n_os_notas&utm_medium=opinion&utm_campaign=opinion>